

EN OLOR DE MULTITUDES: LA VISITA REGIA DE JOSÉ BONAPARTE A GRANADA.

BY POPULAR ACCLAIM: THE ROYAL VISIT OF JOSEPH BONAPARTE TO GRANADA.

Francisco Luis DÍAZ TORREJÓN*

Fecha de terminación del trabajo: noviembre de 2010.

Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2010.

RESUMEN

La estancia del rey José Bonaparte en Granada se inscribe en el viaje que el monarca emprendiera por Andalucía entre enero y mayo de 1810, el único realizado por el país durante su azaroso reinado. Sin embargo, durante las dos semanas en que la Corte residió en la capital andaluza no sólo se celebraron recepciones oficiales y festejos, que ahondaron en la memoria del monarca, sino que al mismo tiempo se desarrolló una intensa labor gubernamental.

Palabras clave: Guerra de la Independencia; Arquitectura efímera; Visitas regias; Afranquesados.

Identificadores: José I, rey de España; Sébastiani, Horace; Alhambra; Palacio de la Chancillería; Catedral de Granada.

Topónimos: Granada (ciudad); Andalucía; España.

Período: Siglo 19.

SUMMARY

The stay of king Joseph Bonaparte in Granada was a stop on the monarch's journey through Andalusia from January to May 1810, the only one he undertook in the country in the course of his precarious reign. However, during the two weeks of the court's sojourn in the Andalusian capital not only were there official receptions and galas, making a profound impression on the king, but a programme of governmental measures was pushed through at the same time.

Keywords: Peninsular War; Ephemeral Architecture; Royal Visits; Francophiles.

Subjects: Joseph I, king of Spain; Sébastiani, Horace; Alhambra; Chancery Palace; Granada Cathedral.

Place Names: Granada (City); Andalusia; Spain.

Coverage: 19th century.

* *Historiador, académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga y miembro numerario del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino.*

Correo electrónico: diaztorrejon@hotmail.com

I. CUANDO TODO COMIENZA.

Los éxitos militares de los ejércitos napoleónicos durante el verano y el otoño de 1809 dan un nuevo sentido a la Guerra y, particularmente, la trascendental victoria de Ocaña –acaecida el 19 de noviembre– invita como ninguna otra al optimismo, porque supone la llave que franquea a los franceses las puertas del sur de España, por cierto, vedadas al poder bonapartista desde el sonado desastre de Bailén. Ahora José Bonaparte –rey de España con el título de José Napoleón I– sueña con la conquista de Andalucía.

Los anhelos del rey José toman visos de realidad a principios de enero de 1810 cuando, seguido de un largo séquito y escoltado por tres regimientos de la Guardia Real, enfila el camino hacia el sur. Emprende la marcha desde Madrid el lunes 8 de enero –al día siguiente de celebrar su cuarenta y dos cumpleaños– y lo que empieza como una expedición militar terminará siendo un viaje institucional por Andalucía¹, el único que José Bonaparte realizará durante su azaroso reinado.

Ninguna población de España –salvo Madrid– conoce tan de cerca la presencia real como las ciudades y pueblos andaluces, pues durante ciento ocho días José se consagra a recorrer y visitar numerosos de ellos. Desde el 20 de enero de 1810 que entra por Despeñaperros hasta el 8 de mayo que sale por el mismo sitio, José Napoleón I cubre en tierras andaluzas más de doscientas cincuenta leguas, a lo largo de las cuales vive experiencias verdaderamente desconocidas para él, como rey y como persona. Los acontecimientos aquí vividos colman a José Napoleón I de un presente de feliz prosperidad, pues –según palabras de Mercader Riba– “nunca como en Andalucía entonces pudo sentirse él como soberano en pleno triunfo”².

Por razones obvias, no caben en este artículo todos los pormenores del viaje regio por Andalucía y, consiguientemente, va a circunscribirse la mirada sólo a la permanencia de José Bonaparte en Granada. No obstante, conviene decir para situarnos que antes de llegar a la capital granadina la caravana real había visitado Andújar, Córdoba, Écija, Sevilla, Jerez de la Frontera y localidades de la bahía gaditana, Arcos, Ronda y Málaga, además de innumerables pueblos intermedios.

La aproximación a Granada se verifica a través del camino de rueda que desde Antequera discurre por Archidona, Loja, Láchar y Santa Fe.

II. POR EL ZACATÍN ARRIBA.

Cerca de un mes llevaba Granada bajo dominio napoleónico cuando se oye hablar, por primera vez, de la próxima visita del rey Bonaparte a la ciudad. Entonces, cuando salta la noticia, Guadix apenas llevaba una semana en poder de los franceses, porque la ciudad accitana había sido tomada en la tarde del viernes 16 de febrero de 1810 por la vanguardia de un poderoso contingente del IV Cuerpo Imperial³, compuesta por los regimientos n^{os}. 20 y 21 de dragones y mandada por el coronel Jean Baptiste Corbineau, un prestigioso militar de treinta y tres años de edad, que había intervenido brillantemente con la *Grande Armée* en las campañas de Prusia y Polonia, destacando sobre todo en la batalla de Eylau, y por sus talentos militares estaba condecorado con la Cruz de Comandante de la Legión de Honor⁴.

La noticia de la visita de Bonaparte a Granada sale de la boca del general Horace Sébastiani de la Porta –máxima autoridad militar de Granada y de todo su Reino– y lo hace el 22 de febrero de 1810 ante tres capitulares del Ayuntamiento granadino, que habían acudido a su residencia para tratar otro asunto⁵. Por esta vía, la municipalidad tiene conocimiento de la venida regia.

Aunque el vecindario tampoco es ajeno a los rumores de la inminente visita de José Bonaparte, la noticia se hace pública en los primeros días de marzo cuando la prensa local la inserta en sus páginas. La *Gazeta de Granada* –periódico afrancesado– se convierte en caja de resonancia de la noticia y, a través de sus páginas, la propaganda bonapartista emprende una intensa labor de evangelización, allanando el terreno en favor del monarca con expresiones tan elocuentes como bien orientadas:

“Al ver acercarse el arribo de S.M. a esta capital crece nuestro impaciente deseo de verlo, pues las repetidas noticias que recibimos de todos los pueblos que han tenido ya esta dicha, nos han hecho formar la idea de un soberano del que todos quieren conocer el original.”⁶

El bombardeo de informaciones encomiásticas causa el efecto deseado en el ánimo público y desde varios días antes, el vecindario granadino aguarda el acontecimiento con no poca expectación e interés.

Mientras tanto, las autoridades locales concentran todas sus miras en preparar la infraestructura necesaria para acoger al rey y a su largo séquito y escolta. No se escatiman gastos ni esfuerzos.

Llega, por fin, el esperado día de la visita de José Napoleón I a Granada. Corren las primeras horas de la tarde del viernes 16 de marzo de 1810 cuando



François Gérard. Retrato de José Bonaparte (1800). Musée National du Château de Fontainebleau.

la larga caravana regia tiene cada vez más cerca la capital granadina, meta de especial significación en el viaje de José por Andalucía. Desde que saliera de Santa Fe, el convoy avanza remontando la orilla izquierda del Genil y transita por un camino que discurre a través de la fértil vega⁷.

Tratándose de un dato extraído de fuentes afrancesadas, se ignora cuánto grado de veracidad hay en la noticia que refiere la salida de numerosos vecinos –desde tempranas horas– para ganar un sitio en la carretera de Armilla, camino por donde va a entrar el tren de carruajes bonapartistas⁸.

A las cuatro de aquella tarde, las salvas de artillería –lanzadas desde los cañones de la Real Fortaleza de la Alhambra– y el repique general de campanas anuncian la inminente llegada de José Napoleón I. El coche real llega a la ermita de San Sebastián –pequeño santuario, a orillas del Genil y en las puertas de la ciudad, levantado sobre un antiguo morabito musulmán⁹– y tras detenerse, el rey desciende para recibir las primeras muestras de cumplimentación¹⁰. Allí espera al monarca el Cabildo municipal en pleno con el corregidor intendente Fernando de Osorno y otras autoridades para entregarle las llaves de la ciudad. Conforme al ceremonial dispuesto, el rey recibe dichas llaves de manos del coronel Louis Doguereau, gobernador militar de la plaza, quien, a su vez, las había tomado momentos antes de las del corregidor intendente Osorno:

“...en cuyo sitio se habían de entregar a S.M. las llaves de la ciudad. por el orden de pasar de la mano del Sr. Correx. a las del Sr. Gobernador, y de las de éste a S.M.”¹¹

Después el convoy y su escolta penetran en el casco urbano por el puente del Genil y a los pocos metros, en la Carrera del Genil, un magnífico arco triunfal pone la nota de ostentación a las manifestaciones de bienvenida¹². Se trata de un grandioso exponente de la arquitectura efímera, que consta de un amplio arco central flanqueado por columnas jónicas, dos anchas puertas laterales sobre las que se sustentan sendas tribunas para la música y un cuerpo superior o ático donde reza la siguiente leyenda:

“A Josef Napoleón I / la ciudad de Granada / amor y lealtad.”¹³

Delante de este sublime arco triunfal el protocolo impone otra parada, porque es el sitio donde han de presentarse ante José las instituciones y cuerpos más significados de la sociedad granadina. No faltan los prebendados de la Catedral en hábitos corales, con el deán Miguel Craywinckel¹⁴; el claustro de la Universidad, con el rector Ildelfonso María Fernández¹⁵; y el acuerdo de la Real Chancillería, con el regente Pedro Belinchón¹⁶. Pese al vacío documental, cabe

creer que allí también estuviera presente la Real Maestranza de Caballería como órgano representativo de la nobleza local.

Luego José Bonaparte emprende la apoteósica entrada en Granada, tras pasar bajo el arco que simboliza la puerta de acceso a la ciudad. Desde aquí, una doble fila de soldados napoleónicos permanece desplegada a lo largo de las calles del tránsito, cuyos pisos están tapizados de juncias, laureles y otras hierbas aromáticas¹⁷.

El rey marcha en compañía del mariscal Soult, del general Sébastiani de la Porta, de los altos oficiales de su Estado Mayor y de cuatro ministros de su Gobierno, que son Mariano Luis de Urquijo, ministro Secretario de Estado; Miguel José de Azanza, ministro de Negocios Eclesiásticos; Gonzalo O'Farrill, ministro de la Guerra; y José Martínez de Hervás, marqués de Almenara y ministro del Interior. Todos van escoltados por el regimiento de Caballería Ligera de la Guardia Real y por el escuadrón de la Guardia de Honor de Granada¹⁸, un cuerpo elitista que está formado por personajes de la alta sociedad local y dirigido por Luis Dávila Ponce de León; Cristóbal Guzmán Fernández de Córdoba, conde de Luque; y Mauricio Álvarez de Bohorques, duque de Gor¹⁹.

Las calles están engalanadas y los balcones, cubiertos con vistosas colgaduras, se hallan repletos de personas. Buena parte del vecindario se ha tirado a la calle inducido por la curiosidad y dispuesto a cerciorarse de las pregonadas bondades del rey. Muchos necesitan corroborar la imagen de monarca deseable y benéfico que con tanta insistencia ha pintado la prensa afrancesada:

“Granadinos: José Iº es el rey que pedían vuestros votos; José Iº el que gritaban vuestros vivas al sentir el peso de vuestras desgracias; José Iº el que viene a poner un término a vuestros males, y a ser el principio y autor de vuestra felicidad, y el restablecedor de nuestra monarquía. [...] ¡Honor, gloria y bendición a nuestro augusto soberano!”²⁰

Cuanto más se interna el cortejo en la ciudad por Puerta Real, calle Mesones y plaza de Bibarrambla, más se intensifican las aclamaciones populares.

Este apoteósico tránsito aún sube de intensidad cuando José Bonaparte alcanza el Zacatín. El rey camina por esta calle como si lo hiciera por una galería cubierta, porque está entoldada en toda su longitud, que entonces era desde la plaza de Bibarrambla hasta la plaza Nueva²¹. La estrechez de la calle permite que el entusiasmo vecinal esté todo concentrado en poco espacio, y desde los balcones y ventanas de sus casas cae una lluvia de flores sobre la cabeza del

monarca²². Todo ello, potenciado con el vocerío de la muchedumbre, crea una escenografía casi teatral.

Además de la curiosidad por conocer físicamente al rey, también convoca a las masas alrededor del cortejo el señuelo de dádivas y obsequios. Muchos vecinos, sobre todo los de condición baja, se arremolinan al paso de José Bonaparte atraídos por el dinero que se lanza desde su séquito²³.

Semejante clima de euforia envuelve a José Napoleón I hasta que llega a la plaza Nueva, donde se halla el inmueble elegido para su alojamiento, que no es otro que el palacio de la Real Chancillería.

Si José Bonaparte se siente gozoso tras su entrada triunfal en la capital granadina, no menos contentos están determinados vecinos después de ver espectáculo tan brillante. Una de estas jubilosas personas es Francisco Javier de Burgos, intelectual ideológicamente afín a los planteamientos bonapartistas, quien toma la pluma y dedica al hecho una extensa composición poética de ciento doce versos que luego publica en la prensa con el siguiente título: *A la entrada de nuestro augusto monarca Don Josef Napoleón I en esta muy noble y muy leal ciudad*²⁴.

La alegría aún crece entre los afrancesados granadinos cuando advierten el primer gesto del rey tras llegar a Granada. José Bonaparte es rey de España y, aunque sólo fuera por amor propio, no puede consentir que sobre la Torre de la Vela, en las alturas de la Alhambra, ondee la bandera tricolor francesa como ondeaba por disposición del general Sébastiani de la Porta. Entonces –según refiere el coronel Clermont-Tonnerre– manda arriarla de inmediato y ordena sustituirla ante la vista de todos por la bandera española: “Il le fit remplacer en plein jour par le drapeau espagnol”²⁵. La complacencia es general, salvo en el lado napoleónico, que no gusta nada.

Ahora la ciudad de Granada es el punto caliente del viaje regio por Andalucía y el centro de atención de la España bonapartista. La estancia del monarca pone a Granada en un primer plano de la actualidad nacional.

III. 19 DE MARZO: SOLEMNE ONOMÁSTICA DEL REY.

El santoral conmemora la festividad de San José el 19 de marzo y en esa fecha de 1810 el rey Bonaparte se halla en Granada, donde celebra su onomástica, que, por cierto, es la segunda que vive en España y, a la postre, la más solemne de todas cuantas disfrutará en el futuro durante su reinado.

La conmemoración justifica ceremonias solemnes y festejos por todo lo alto, cuyas puestas en escena signifiquen la importancia de la fecha. Las autoridades municipales y eclesiásticas de Granada corresponden como exige la ocasión y organizan diferentes actos con la pompa que requiere la onomástica real.



Laurent Dabos. Retrato de Horace Sébastiani. Musée de Soissons.

Al anochecer de la víspera, 18 de marzo, una salva de artillería de veintiún cañonazos marca el prólogo de los actos programados y anuncia la festividad del día siguiente. También se encienden luminarias en la fachada del Ayuntamiento,

en otros edificios notables y en la torre de la Catedral²⁶. En la ciudad se viven las horas que anteceden a una intensa jornada.

Amanece, por fin, el lunes 19 de marzo de 1810 en Granada y las piezas artilleras, instaladas en la Alhambra, repiten la misma operación de la tarde anterior. Es el día señalado. Sin embargo, el brillo que se pretende dar a la jornada no se ve favorecido por las circunstancias meteorológicas, porque llueve sobre Granada.

Pese al mal tiempo, a primera hora de aquella mañana diversas representaciones de los cuerpos locales acuden al palacio de la Chancillería para incorporarse al séquito que acompañará a José Napoleón I hasta la Iglesia Catedral, donde está prevista la celebración de un solemne oficio religioso con motivo de su onomástica.

Aún antes de encaminarse hacia la Catedral, el servicio de protocolo josefino ha dispuesto una recepción a las corporaciones desplazadas hasta el palacio de la Chancillería para acompañar al monarca. Son las diez de la mañana cuando se abren las puertas del gabinete real y, según un testigo oculto bajo el seudónimo de «El Granadino», entran en la sala alrededor de setenta personas²⁷. Entre ellas se halla una representación del Ayuntamiento, otra de la Universidad y otra del clero secular. También comparecen entonces miembros de la Sociedad Patriótica y de los gremios de labradores y comerciantes, además de varias diputaciones procedentes de Jaén, Motril, Salobreña, Almuñécar y, por supuesto, Guadix y Baza²⁸.

La diputación de Guadix que acude al palacio de la Chancillería granadina el día de la onomástica real está formada por seis personas significativas de la sociedad accitana, que son el síndico personero Antonio López y los abogados José Villanueva y Francisco Tárrago, en representación del Ayuntamiento; y el prior Andrés de Anaya, el magistral Blas Chiclana y el canónigo José Castellanos, en nombre del cabildo de la Catedral²⁹. Verdaderamente, la representación catedralicia hubiera correspondido al titular de la Diócesis, pero el obispo Marcos Cabello –consagrado en el cargo desde el 2 de junio de 1805³⁰– había abandonado Guadix, en un gesto de rechazo al poder napoleónico, durante los días previos a la toma de la ciudad para refugiarse en la Alpujarra almeriense, exactamente en la localidad de Huécija³¹.

Concluida esta ceremonia, José Napoleón I parte hacia la catedral de Granada, donde se le espera con las mayores solemnidades.

Cuando el rey José llega con su largo cortejo a la Catedral, el cabildo eclesiástico tiene preparado para honrarle el mismo ceremonial que se había dis-

puesto en 1730 para recibir a Felipe V³². En la puerta principal del templo aguarda al monarca el cuerpo de prebendados con capas pluviales y el prelado de la Diócesis en traje pontifical, que es el arzobispo Juan Manuel de Moscoso y Peralta, un anciano octogenario lleno de achaques³³. Tras las formalidades protocolarias, José Bonaparte es conducido bajo palio hasta el presbiterio, donde ocupa un sitio preeminente con dosel³⁴, y los sones de la capilla de música abren la función sacra, que consiste en misa y tedéum presidido por el Arzobispo.

Llegado el momento de la homilía, nadie es más apropiado para tomar la palabra que el canónigo magistral Pablo Andeiro y Aldao, y lo es no sólo por tratarse del predicador oficial del Cabildo catedralicio, sino por su vocación afrancesada. Este hombre, natural de Granada y de cuarenta y siete años de edad³⁵, posee una sólida formación académica adquirida en el Colegio del Sacromonte³⁶ y, gracias a sus méritos, está condecorado con la Orden de Carlos III³⁷. Andeiro, de ideología ilustrada y pensamiento progresista, se alinea entre los miembros más avanzados del clero granadino. Pues bien, Pablo Andeiro es quien predica ante el rey José y se luce con un discurso que muestra a las claras su afinidad bonapartista:

“Sí, gran Rey, en cuya presencia he tenido el honor de hablar en este día, consagrado por la Iglesia en memoria y veneración del Santo de vuestro nombre, y que debe ser por tantos títulos feliz, plausible y memorable para Granada. [...] Señor, que la posteridad más remota pronuncie enternecida el nombre de V.M. con el de los Teodosios, de los Carlomagnos, de los Fernandos y de los Luises. [...] Que España, baxo vuestra mano sabia y bienhechora, suba al alto grado de prosperidad y de esplendor a que la llaman imperiosamente sus destinos. [...] Que reine, en fin, con vos la paz, que renazca la abundancia, que recobre su imperio la justicia; y que oídos benignamente por V.M. estos sinceros votos, a la felicidad temporal, que será su fruto en la tierra, se siga después la eterna, que nos haga a todos bienaventurados en el cielo.”³⁸

Discurso tan laudatorio como el que pronuncia el magistral Andeiro reafirma a Bonaparte en el convencimiento de sentirse, cada vez más y con más fuerza, rey de España.

Saliendo de la Catedral, José Napoleón I corresponde a la invitación del cabildo de la Capilla Real para visitar este establecimiento sacro³⁹, donde también recibe una solemne recepción y donde contempla los artísticos mausoleos de los Reyes Católicos y de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, obras de Domenico Fancelli y de Bartolomé Ordóñez respectivamente⁴⁰.

No son estas ceremonias religiosas los únicos actos programados para conmemorar la onomástica de José Bonaparte, pues también hay prevista una

serie de regocijos que contribuyen al engrandecimiento de la efeméride con la participación del vecindario. La fecha merece diversiones que convoquen a los granadinos en masa y entonces ningún espectáculo posee mayor atracción popular que las fiestas de toros. Las autoridades napoleónicas conocen de sobra la afición –elevada al rango de culto– del pueblo español por este tipo de festejos y el general Sébastiani de la Porta, con un criterio oportunista, no duda en exigir a la municipalidad la organización de una corrida de toros⁴¹.

Durante varios días se trabaja en el adecentamiento del escenario físico donde va a celebrarse dicho festejo, que es la plaza de toros que la Real Maestranza posee en el Campo del Triunfo. Se trata de un coso de amplio ruedo y dos órdenes de balconajes y tendidos, que había sido edificado en 1768⁴².

Pese a estar todo preparado, las inclemencias meteorológicas impiden que la corrida anunciada se celebre en la tarde del 19 de marzo de 1810⁴³. Sin embargo, este accidente no determina la supresión definitiva del festejo, sino un momentáneo aplazamiento, pues se lleva a cabo en fecha próxima. Concretamente, la corrida se celebra cinco días después de la fecha prevista, es decir, la tarde del sábado 24 de marzo de 1810⁴⁴. El rey José asiste entonces a la plaza y preside la corrida desde el palco principal, que comparte con el mariscal Soult y el general Sébastiani de la Porta.

Entre los regocijos programados para festejar la onomástica del rey, también se había dispuesto un baile para la noche del 19 de marzo, después de la corrida de toros. El local elegido para ello es uno de los salones del convento suprimido de Santo Domingo⁴⁵, seguramente la desmesurada nave del lado occidental de dicho establecimiento religioso que refiere Gómez Moreno en su célebre *Guía de Granada*⁴⁶.

También, hay pruebas que confirman la celebración de otro baile el domingo siguiente, día 25 de marzo de 1810, en honor del rey José. En este caso, el recinto dispuesto es el Teatro Principal, situado en el Campillo y aún en obras por tales fechas. La intención no es otra que realizar un acontecimiento festivo por todo lo alto, según las instrucciones dadas a la municipalidad para su organización:

“En la noche de este día veinte y cinco se le había de dar al rey un baile general en el teatro que había de costear y proporcionar el municipio de esta capital, quien había de convidar a todas las señoras del pueblo y demás de buena educación, y hasta mil personas, a quienes se les había de servir un magnífico refresco de helados de todas clases con bizcochos de todas ellas y para el ingreso de la noche se había de poner todo género de licores y bizcochos, manteca, café y otras cosas, en lo que no había de caber falta alguna, pues así lo había determinado S. M.”⁴⁷

Pese a que el mal tiempo impide el desarrollo de unos actos y el lucimiento de otros, nunca José Napoleón I había tenido una onomástica tan regalada como la que vive en la capital granadina.

IV. EL SUEÑO ROMÁNTICO DE LA ALHAMBRA.

Dada su afición a las Bellas Artes, José Napoleón I no desconoce las numerosas referencias que destacan a Granada como una de las ciudades con mayor riqueza monumental y artística del reino. Desde mucho antes de sentarse en el trono de España, José tiene conocimiento de las grandezas de esta capital y sabe de la preeminencia estética de algunas de sus construcciones, pues seguramente no le habían pasado desapercibidas las alusiones a Granada en los libros de viajeros franceses –Silhouette, Peyron, Bourgoing, etc.– publicados en Francia durante el último tercio del siglo XVIII. El rey sabe perfectamente que pocas localidades de España pueden satisfacer tanto sus apetencias artísticas como Granada.

Las recepciones oficiales han llevado a José Bonaparte a conocer la Catedral y la Capilla Real antes que cualquier otro monumento granadino, pero ninguno de ellos es el que más desea visitar el rey. Su interés está orientado hacia las obras que caracterizan y distinguen a Granada, que son aquellas heredadas de un largo pasado musulmán. El rey no puede evitar la tentación de descubrir dichos monumentos, porque desde los balcones de su hospedaje en la Real Chancillería aparece a cada mirada la silueta de la Alhambra.

Desde la llegada del convoy regio a la capital granadina, la Alhambra es objeto de la atención de muchas personas que acompañan al monarca en su viaje, quienes no tardan en ascender hasta las alturas donde se levanta.

Siguiendo los pasos de quienes le han precedido en la visita a la Alhambra, José Bonaparte también se acerca hasta el monumento árabe en cuanto tiene oportunidad. Documentalmente nada puede atestiguar sobre la impresión causada en el ánimo real por la hermosura del sitio, pero se adivina que José queda tan encantado como todos, porque –según cuenta el general Auguste Julien Bigarré– “le roi alla plusieurs fois de suite visiter ce palais des rois maures”⁴⁸.

No se entiende que José fuera en repetidas ocasiones a la Alhambra sin sentir una especial atracción por el lugar. Sin duda, algo le impulsa a frecuentar el monumento. Quizá el monarca perciba en aquellas centenarias dependencias una atmósfera mágica que despierta su imaginación romántica, de la que hay pruebas constatadas.

Hacía más de diez años que José había dado testimonio de sus sentimientos románticos mediante una incursión en el mundo de la literatura. En 1799 había publicado –de forma anónima– en París una novela con el título de *Moïna ou la villageoise du Mont Cenis*⁴⁹, que no fue mal acogida por la crítica del momento, a juzgar por las elogiosas palabras que se le dedica en el *Journal général de la littérature de France*: “Est écrit avec une pureté et une élégance de style qui charment autant que le fond intéresse par sa simplicité”⁵⁰. En esta obra, José ya muestra una clara tendencia al Romanticismo, perceptible, sobre todo, en la descripción de los abruptos paisajes del Monte Cenis, puerto alpino por donde discurre la ruta de Milán a París.

No es arriesgado decir que José Bonaparte también tenía exactas referencias de Guadix –como las tenía de Granada– por los libros de los viajeros dieciochescos y en su busca de las excelencias artísticas y monumentales de los pueblos del reino, seguramente se hubiera acercado a la ciudad accitana desde Granada, como desde Málaga se acercó a Vélez-Málaga, sin estar esta localidad en la ruta del viaje regio.

Pero había una razón de peso para que el rey José no se aventurara a visitar Guadix. Esta razón no era otra que la seguridad. Téngase en cuenta que las comarcas de Guadix y Baza son unas de las zonas más calientes de la guerra en el Reino de Granada, porque las tropas del Tercer Ejército español están desplegadas en las fronteras de Murcia y las incursiones son tan frecuentes como inesperadas. La situación es muy inestable por la elasticidad de los frentes en una guerra de tira y afloja. Ante esta realidad, José Bonaparte actúa con prudencia y no se arriesga a meterse en la boca del lobo, que está muy cerca de Guadix.

Según cuenta el coronel Clermont-Tonnerre, José tenía el proyecto de permanecer con su corte varios meses en Granada⁵¹, pero si sus planes preveían fijar la residencia en la Alhambra, verdaderamente debe sentirse muy decepcionado cuando conoce la situación del célebre monumento. Durante sus repetidas visitas, José Napoleón I había visto con sus propios ojos el mal estado de conservación de aquellos palacios. Nada resolvía a sus pretensiones de alojamiento estable que la municipalidad granadina, con la intención de agradarle, hubiera adecentado algunas dependencias alhambrenas para acogerle transitoriamente⁵².

Las necesidades de una residencia regia exigen mucho más que unas pocas habitaciones y, desde luego, el estado de la Alhambra no lo permite entonces sin una restauración a fondo. Todos cuantos acuden al recinto, atraídos por su esplendoroso pasado, coinciden en la misma opinión:

“Los viajeros que han reconocido la Alhambra, han lamentado el abandono y degradación en que se hallan los preciosos monumentos que en ella se encuentran, y que estaban amenazados de su total ruina.”⁵³

La sensibilidad de José Bonaparte en cuestiones artísticas impide demorar la solución que requiere, como antídoto salvador, la descuidada Alhambra. A la vista del aspecto ruinoso y decadente de aquellos edificios, nadie niega la conveniencia de una intervención oficial para protegerlos del desamparo en que están sumidos. El rey trata el asunto con André François Miot, conde de Melito —experto en materias artísticas—, antes de proceder gubernamentalmente y a tenor de su consejo lo hace con urgencia, porque apenas cuatro días después de haber llegado a Granada expide el precepto que tanto urge. El 20 de marzo de 1810, José dispone por Real Decreto la restauración de la Alhambra: “el palacio de la Alhambra de Granada, antigua residencia de los Reyes Moros, se reparará y restablecerá”⁵⁴.

Este mismo precepto también incluye la terminación del Palacio de Carlos V, obra inconclusa que había comenzado a construirse en el año 1527 conforme al proyecto y diseño de Pedro Machuca, “célebre arquitecto y pintor, que había estudiado en Italia al lado del gran Rafael de Urbino y fue el primero en traer a España las máximas del Renacimiento en toda su clásica pureza”⁵⁵. José Bonaparte pretende ser respetuoso con la concepción inicial del edificio y para ello manda que las obras previstas se ajusten fielmente al primitivo proyecto:

“El palacio empezado según las órdenes del emperador Carlos V en el recinto de la Alhambra, se terminará con arreglo a los mismos planes y dibuxos.”⁵⁶

Por gustos y sentimientos, José Bonaparte es un hombre inclinado al Romanticismo y como tal no es ajeno a los principios de esta corriente cultural que ya despunta con fuerza en Europa. Pocos monumentos estimulan tanto la fantasía como la Alhambra y prueba de ello es que estos palacios se convierten en emblema referencial para los muchos románticos extranjeros que luego, durante la primera mitad del siglo XIX, desfilan por España⁵⁷.

El exotismo y las tradiciones legendarias de la Alhambra son un maná para el espíritu de José Napoleón I. Estas satisfacciones espirituales, además de otros motivos políticos, subyacen bajo su decisión de erigir a la capital granadina en Sitio Real bonapartista por el gusto de establecer su residencia en la Alhambra durante algunas temporadas al año. Así se llega incluso a anunciar en las páginas de la *Gazeta de Madrid*: “Granada tendrá el honor de ser uno de los sitios reales en que S.M. pasará algunas temporadas al año”⁵⁸.

Sin embargo, las circunstancias militares y políticas van posponiendo este anhelado proyecto y, a la postre, todo queda reducido a un bonito sueño josefino.



Robert Lefèvre. Retrato de Jose Napoleon I, rey de España y de las Indias (1809).

V. CON LA ESPERANZA DE VOLVER.

Después de sucesivos días de frenética actividad, la estancia de José Napoleón I en Granada se acerca a su fin y las personas destinadas en los servicios de equipajes ultiman los preparativos para proseguir la marcha por tierras

andaluzas. Es el momento de hacer valoraciones y la primera consecuencia extraída de la visita regia a la capital granadina es favorable a los intereses bonapartistas, porque aquí también se constata la buena disposición pública patente en otras poblaciones antes visitadas. El vecindario de Granada celebra la presencia real con un encendido entusiasmo y, en ciertos casos, incluso con un entusiasmo que supera toda medida, pues alcanza cotas de arrebatado apasionamiento. Al parecer, alguna dama ilustre –presa del mayor frenesí– se ofrece para acompañar al rey José en la intimidad de su alcoba. Así lo refiere alguien tan próximo al monarca, por la condición de ayudante de campo, como el general Bigarré:

“Une des plus jolies femmes de cette ville, appartenant à une des meilleures familles du royaume, poussa le délire de son enthousiasme pour son nouveau roi, jusqu’à le supplier, par écrit, de lui accorder l’insigne faveur d’aller le visiter au lit.”⁵⁹

José Napoleón I y todo el cortejo regio están a punto de abandonar Granada cuando Frédéric Quilliet, comisario de Bellas Artes, completa el inventario de las pinturas y esculturas existentes en los establecimientos religiosos de la capital. En su informe, fechado el 28 de marzo de 1810, deja constancia de la inmensa riqueza artística de la ciudad que, por cierto, ya había advertido –y, en parte, conocido– el rey. En las iglesias y conventos locales, el comisario Quilliet localiza numerosas obras de Alonso Cano, Pedro Atanasio Bocanegra, Alberto Durero, Leandro Lafuente y José Risueño; y algunas de Murillo, Ribera, Molina y Sánchez Cotán, por mencionar sólo los nombres más célebres de una larga lista⁶⁰.

Solamente la Iglesia Catedral contiene un tesoro artístico digno de la mayor admiración tanto por el número de piezas como por la calidad de las mismas. Allí Quilliet contabiliza quince cuadros y tres esculturas de Alonso Cano, cuarenta y una tablas de Durero, doce lienzos de Bocanegra, otros cuatro de Juan de Sevilla, dos figuras escultóricas de Diego de Mora, un crucificado de Gaspar Becerra, una virgen de Pedro de Moya y una imagen de Santiago de Pedro de Mena, entre otras muchas obras. Seguramente, algunas de ellas no habían pasado desapercibidas para la curiosidad de José Bonaparte cuando visita el templo catedralicio el día de su onomástica.

La permanencia de José Napoleón I en Granada no puede prolongarse durante más tiempo y ante la inminente partida, atiende a cuestiones que afectan al futuro de la administración civil y militar de la provincia. El rey no quiere marcharse sin asegurar el gobierno de la demarcación granadina con personas afines a su causa y en los días previos procede al nombramiento de las autoridades pertinentes.

El 26 de marzo de 1810, José Bonaparte consigna por Real Decreto la titularidad de la Comisaría Regia de Granada y la elección recae en la persona de un experto jurista adscrito, desde poco tiempo antes, al Consejo de Estado. Se trata de Andrés Romero Valdés, un hombre de cuarenta y seis años –natural de Alcalá la Real– que había desempeñado importantes destinos en el campo de la magistratura, pues en su currículum consta el haber sido decano de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, oidor de la Audiencia de Barcelona y juez de las Juntas de Negocios Contenciosos⁶¹. La designación de Romero Valdés es comunicada al Ayuntamiento granadino inmediatamente después de verificarse y, en cabildo del mismo 26 de marzo, queda acordado “que se haga la correspondiente visita al expresado S^{or}. Comisario Regio a nombre de esta municipalidad”⁶².

Pocos días antes, José Napoleón I también había cubierto el destino del gobierno militar de la plaza de Granada y para ejercerlo nombraría entonces al mariscal de campo José Juncar⁶³, una de las personas más beneficiadas por el rey durante su estancia en la capital. Este hombre había recibido en apenas dos semanas el ascenso a mariscal de campo, la condecoración de la Orden Real de España y el nombramiento de gobernador local. Con este empleo, Juncar –catalán de cuarenta y siete años cumplidos⁶⁴– asume la jurisdicción de las tropas españolas al servicio bonapartista que están acuarteladas en Granada.

Ningún puesto de responsabilidad en la administración granadina permanece vacante, cuando al amanecer del jueves 29 de marzo de 1810 todo está dispuesto para que el convoy regio emprenda la marcha. A primera hora de la mañana, José Bonaparte sale del palacio de la Real Chancillería y en cuestión de minutos se pone en movimiento un gran aparato de carruajes y caballerías, que toman la calle de Elvira hacia el exterior de la capital. Además de las personalidades civiles y militares de su séquito, acompañan al rey en este último viaje urbano el general Sébastiani de la Porta y el corregidor intendente Fernando de Osorno con una diputación de la municipalidad⁶⁵.

Por la Puerta de Elvira sale la larga caravana bonapartista a extramuros de la ciudad y, atravesando la amplia explanada de la plaza del Triunfo, encara el camino que ha de llevarle hacia tierras del Reino de Jaén. En este momento concluye la estancia de José Napoleón I en Granada, después de trece intensos días de la segunda quincena del mes de marzo. Grátisimas experiencias vive el rey en la ciudad que ahora abandona y especialmente sus paseos por la Alhambra, románticos y evocadores, le imprimen recuerdos imborrables. José Bonaparte queda prendado de Granada y, por eso, emprende el camino con la esperanza de volver. Cree en un futuro retorno. Todo depende del destino.

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA.

Archivo General Militar de Segovia.

Archives Nationales de France (París).

Hemeroteca Municipal de Madrid (*Gazeta de Madrid*).

Archivo Municipal de Granada.

Archivo de la Catedral de Granada.

Archivo de la Universidad de Granada.

Archivo de la Capilla Real de Granada.

Archivo de la Abadía del Sacromonte (Granada).

Hemeroteca de Granada (*Gazeta del Gobierno de Granada*).

BIGARRÉ, Auguste Julien. *Mémoires du G^{ral}. Bigarré, aide de camp du roi Joseph (1775-1813)*. Paris: Ernest Kolb, 1893.

CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de. *L'expédition d'Espagne (1808-1810)*. Paris: Librairie Académique Perrin, 1983.

DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis. *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*. Córdoba: CajaSur, 2008.

GALLEGO BURÍN, Antonio. *Granada en la Guerra de la Independencia*. Granada: Tip. de «El Defensor», 1923.

— *Granada. Guía artística e histórica de la ciudad*. Granada: Comares, 1996.

GÓMEZ MORENO, Manuel. *Guía de Granada*. Granada: Imp. Indalecio Ventura, 1892.

GUÍA del estado eclesiástico seglar y regular, de España en particular, y de toda la Iglesia Católica en general, para el año de 1802. Madrid: Imprenta Real, 1802.

GUITARTE IZQUIERDO, Vidal. *Episcopologio español (1700-1867). Españoles obispos en España, América, Filipinas y otros países*. Castellón de la Plana: Ayuntamiento, 1992.

JOURNAL général de la littérature de France, ou répertoire méthodique des Livres nouveaux, Cartes géographiques, Estampes et Oeuvres de Musique qui paraissent succesivement en France, accompagné de notes analytiques et critiques. Paris: Treuttel et Würtz, 1799.

LASSO DE LA VEGA, Miguel, Marqués del Saltillo. *Mr. Frédéric Quilliet, comisario de Bellas Artes del gobierno intruso (1809-1814)*. Madrid: Estanislao Maestre, 1933.

LÓPEZ TABAR, Juan. «Incubando la infidencia. Afrancesados entre las elites políticas de Carlos IV». En MORALES MOYA, Antonio (coord.). *1802. España entre dos siglos. Monarquía, Estado, Nación*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003.

MERCADER RIBA, Juan. *José Bonaparte, Rey de España (1808-1813). Estructura del Estado Español Bonapartista*. Madrid: C.S.I.C., 1983.

PÉREZ LÓPEZ, Santiago. *Guadix y su Obispado en la Guerra de la Independencia. Quebranto económico y ruptura social en una Diócesis de la Alta Andalucía (1808-1814)*. Córdoba: CajaSur, 1998.

PRONTUARIO de las leyes y decretos del Rey Nuestro Señor Don José Napoleón I del año de 1810. Madrid: Imprenta Real, 1810-1812.

SECO DE LUCENA, Francisco. «Entrada triunfal de 'Pepe Botella' en Granada»: *La Alhambra*, 215 (Granada, 28 de febrero de 1907).

VALLADAR Y SERRANO, Francisco de Paula. «La invasión francesa en Granada (1810-1812)»: *La Alhambra*, 289 (Granada, 31 de marzo de 1910).

NOTAS

1. DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis. *José Napoleón I en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*. Córdoba: CajaSur, 2008.
2. MERCADER RIBA, Juan. *José Bonaparte, Rey de España (1808-1813). Estructura del Estado Español Bonapartista*. Madrid: C.S.I.C., 1983, p. 7.
3. *Gazeta del Gobierno de Granada*, 5 (20 de febrero de 1810), p. 17.
4. Archives Nationales de France. Légion d'Honneur. Dossier 588/28.
5. Archivo Municipal de Granada (A.M.G.). *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 22 de febrero de 1810, f. 48v.
6. *Gazeta del Gobierno de Granada*, 10 (9 de marzo de 1810), p. 37.
7. *Gazeta de Madrid*, 84 (25 de marzo de 1810), p. 353.
8. *Ibidem*.

9. GALLEGO BURÍN, Antonio. *Granada. Guía artística e histórica de la ciudad*. Granada: Comares, 1996, p. 196.
10. VALLADAR Y SERRANO, Francisco de Paula. «La invasión francesa en Granada (1810-1812)»: *La Alhambra*, 289 (Granada, 31 de marzo de 1910), p. 121.
11. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 12 de marzo de 1810, f. 66v.
12. Archivo de la Catedral de Granada (A.C.G.). *Libro 40 de Actas Capitulares*, cabildo extraordinario de 15 de marzo de 1810, f. 152.
13. *Gazeta de Madrid*, 84 (25 de marzo de 1810), p. 354.
14. A.C.G. *Libro 40 de Actas Capitulares*, cabildo extraordinario de 15 de marzo de 1810, f. 152.
15. Archivo de la Universidad de Granada (A.U.G.). Leg. 1422. *Libro de Actas de Claustros*, claustro de 16 de marzo de 1810, ff. 16-16v.
16. SECO DE LUCENA, Francisco. «Entrada triunfal de 'Pepe Botella' en Granada»: *La Alhambra*, 215 (Granada, 28 de febrero de 1907), p. 76.
17. *Gazeta de Madrid*, 84 (25 de marzo de 1810), p. 354.
18. *Ibidem*.
19. *Gazeta de Madrid*, 83 (24 de marzo de 1810), p. 350.
20. *Gazeta del Gobierno de Granada*, 10 (9 de marzo de 1810), pp. 38-39.
21. GALLEGO BURÍN, Antonio. *Op. cit.*, p. 220.
22. *Gazeta de Madrid*, 84 (25 de marzo de 1810), p. 354.
23. GALLEGO BURÍN, Antonio. *Granada en la Guerra de la Independencia*. Granada: Tip. de «El Defensor», 1923, p. 159.
24. *Gazeta de Madrid*, 86 (27 de marzo de 1810), p. 364.
25. “[...] la hizo sustituir a la luz del día por la bandera española” [CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de. *L'expédition d'Espagne (1808-1810)*. París: Librairie Académique Perrin, 1983, p. 383].
26. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 18 de marzo de 1810, f. 74.
27. «Carta 2ª del Granadino»: *Gazeta de Granada*, 37 (27 de abril de 1810), p. 147.
28. *Gazeta de Madrid*, 88 (29 de marzo de 1810), p. 372.
29. *Ibidem*.
30. GUITARTE IZQUIERDO, Vidal. *Episcopologio Español (1700-1867)*. *Españoles obispos en España, América, Filipinas y otros países*. Castellón de la Plana: Ayuntamiento, 1992, p. 125.
31. PÉREZ LÓPEZ, Santiago. *Guadix y su Obispado en la Guerra de la Independencia. Quebranto económico y ruptura social en una Diócesis de la Alta Andalucía (1808-1814)*. Córdoba: CajaSur, 1998, p. 116.
32. A.C.G. *Libro 40 de Actas Capitulares*, cabildo de 2 de marzo de 1810, ff. 138 y ss.
33. Moscoso y Peralta había nacido el 18 de enero de 1723 en la ciudad peruana de Arequipa (*Guía del estado eclesiástico seglar y regular, de España en particular, y de toda la Iglesia Católica en general, para el año de 1802*. Madrid: Imprenta Real, 1802, p. 176).
34. *Gazeta de Madrid*, 88 (29 de marzo de 1810), p. 372.

35. Pablo Andeiro había nacido el 11 de enero de 1763 y fue bautizado al día siguiente en la Parroquia de San Matías de la capital granadina (Archivo de la Abadía del Sacromonte. Leg. 10. *Expediente de ingresos de colegiales*).
36. A.U.G. Leg. 1488, pza. 82. *Pruebas de cursos*, certificación de 23 de abril de 1778.
37. *Guía del estado...*, p. 176.
38. *Gazeta de Madrid*, 94 (4 de abril de 1810), p. 394.
39. Archivo de la Capilla Real de Granada. Leg. 342. *Libro de Actas Capitulares*, cabildo de 16 de marzo de 1810, ff. 448v-449.
40. GÓMEZ MORENO, Manuel. *Guía de Granada*. Granada: Imp. de Indalecio Ventura, 1892. p. 295.
41. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 3 de marzo de 1810, f. 58v.
42. GALLEGRO BURÍN, Antonio. *Granada. Guía...*, pp. 298 y 327.
43. A.M.G. Leg. 908, pza. 10. *Qüenta y razón del costo que han tenido el poner las vallas y quitarlas, pagar la guardería y demás que se cause, por orden que me dio el Señor Dⁿ. Manuel Calvache, como señor comisario del toril de la plaza de toros de la R^l. Maestranza de esta C^d. y encargado en esta comisión por los señores de esta C^d.*
44. *Ibidem*.
45. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 12 de marzo de 1810, f. 67.
46. GÓMEZ MORENO, Manuel. *Op. cit.*, p. 219.
47. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 25 de marzo de 1810, f. 81v.
48. “[...] el rey va varias veces seguidas a visitar este palacio de los reyes moros” [BIGARRÉ, Auguste Julien. *Mémoires du G^{al}. Bigarré, aide de camp du roi Joseph (1775-1813)*. Paris: Ernest Kolb, 1893, p. 274].
49. *Moïna o la aldeana del Monte Cenís*.
50. “[...] está escrita con una pureza y una elegancia de estilo que gusta tanto como el fondo interesa por su sencillez” (*Journal général de la littérature de France, ou répertoire méthodique des Livres nouveaux, Cartes géographiques, Estampes et Oeuvres de Musique qui paraissent succesivement en France, accompagné de notes analytiques et critiques*. Paris: Treuttel et Würtz, 1799, p. 139).
51. CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de. *Op. cit.*, p. 383.
52. A.M.G. Leg. 908, pza. 11. *Oficio de 27 de febrero de 1810*.
53. *Gazeta de Madrid*, 102 (12 de abril de 1810), p. 427.
54. Real Decreto, de 20 de marzo de 1810, art. 1º (*Prontuario de las leyes y decretos del Rey Nuestro Señor Don José Napoleón I del año de 1810*, t. 2. Madrid: Imprenta Real, 1810, pp. 48-49).
55. GÓMEZ MORENO, Manuel. *Op. cit.*, pp. 109-110.
56. Real Decreto, de 20 de marzo de 1810, art. 2º (*Prontuario...*, t. 2, p. 49).
57. Es el caso de Washington Irving, Richard Ford, Prosper Mérimée, David Roberts y John Frederick Lewis, entre otros muchos.
58. *Gazeta de Madrid*, 102 (12 de abril de 1810), p. 427.
59. “Una de las más lindas mujeres de esta ciudad, perteneciente a una de las mejores familias del reino, llevó el delirio de su entusiasmo por su nuevo rey hasta suplicarle,

- por escrito, concederle el insigne favor de visitarle en la cama” (BIGARRÉ, Auguste Julien. *Op. cit.*, p. 273).
60. LASSO DE LA VEGA, Miguel, Marqués del Saltillo. *Mr. Frédéric Quilliet, comisario de Bellas Artes del gobierno intruso (1809-1814)*. Madrid: Estanislao Maestre, 1933, pp. 46 y ss.
 61. LÓPEZ TABAR, Juan. «Incubando la infidencia. Afrancesados entre las elites políticas de Carlos IV». En MORALES MOYA, Antonio (coord.). *1802. España entre dos siglos. Monarquía, Estado, Nación*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, p. 149.
 62. A.M.G. *Libro 150 de Actas Capitulares*, cabildo de 26 de marzo de 1810, f. 82v.
 63. *Gazeta de Madrid*, 109 (19 de abril de 1810), p. 457.
 64. José Juncar había nacido en Barcelona el 6 de junio de 1762 (Archivo General Militar de Segovia. Sección 1ª, J- 937. *Expediente del brigadier José Juncar*, partida de bautismo).
 65. *Gazeta de Madrid*, 108 (18 de abril de 1810), p. 453.